

de tres días una batalla de las más sangrientas, jurando pelear mientras quedara en pie un parto ó un romano; pero sabedor de que ya no existía Caracalla, consintió en pasar otra vez las fronteras, mediante la restitucion de todos sus prisioneros y una indemnizacion por las pérdidas experimentadas.

Comprendian los estados de aquel Arsacida las provincias occidentales de la Persia, es decir, la mayor parte del Irak-Adjemi, del Aderbaidjan, del Irak-Arabia y de la Mesopotamia. Pero su último esfuerzo le habia costado la flor y nata de sus guerreros, y el reino se hallaba debilitado. A pesar de verse vencidos y oprimidos los magos por los partos, jamás habian perdido la esperanza de restablecer el culto de Zoroastro, y nutrian esta esperanza con el espíritu de independencia vivo entre los persas. Exhalaban los vencidos el impotente estremecimiento de hombres débiles que están divididos; pero llegó el instante en que Artaxar trocó en voluntad sus deseos. Este oscuro persa, nacido del adulterio, si bien animado por predicciones astrológicas á lanzarse á las más peligrosas tentativas, impulsó á sus compatriotas á recuperar su perdida supremacia y á hacer revivir la gloria de Darío. Apenas tuvo el valor de la rebeldía, se vió secundado por todos los persas. Artaban, que marchó en contra suya, fué vencido en tres batallas por un ejército igual en número al que conducia, aunque inflamado por otro ardor muy diferente; cayendo prisionero en el último choque, fué sentenciado á la última pena. De este modo se hallaron los partos bajo la dependencia de un pueblo al que habian dado la ley en el curso de cuatrocientos setenta y cinco años. Sólo los sátrapas de la sangre de Arsacio se sostuvieron en la Armenia con el apoyo de los romanos, y más aún por su propio denuedo, de tal manera que alternativamente vencedores ó sometidos, aunque siempre recalcitrantes, permanecieron independientes hasta el tiempo de Justiniano.

Después de haber restaurado el estandarte de Ciro, tomó Artaxar la doble corona y el título de rey de reyes (*schah in schah*), y su primer cuidado fué reanimar el espíritu nacional con el auxilio de la antigua religion de Zoroastro, profanada durante la servidumbre. Llamó á los magos de todos los puntos del imperio,

para que se dedicaran á extirpar la idolatría, y reunió en un concilio general á las setenta sectas restantes de la distinta interpretacion del Zendavesta. Cuéntase que se congregaron allí ochenta mil sacerdotes del fuego. Este número fué reducido á la mitad en un principio, después á cuatro mil, luego á cuatrocientos, á cuarenta, y por último á siete, los más venerados por su piedad y sabiduría. Entre ellos se contaba el santo jóven Esdarival, que habiendo bebido tres tragos de un vino somnífero, que le escanciaron sus hermanos, quedó sumergido en profundo sueño. Al despertar contó su viaje al cielo, así como las cosas que habia visto y aprendido, y eran tales que se desvanecieron todas las dudas relativas al Zendavesta. Balk tornó á ser la sede del archimago, y la jerarquía sacerdotal se derivó por todas las provincias, viviendo con el producto de gran número de tierras y con el diezmo sobre los frutos y la industria. Vedóse cualquiera otro culto, cerráronse los templos de los partos y se derribaron las imágenes de sus deificados reyes; una terrible persecucion exterminó á los herejes, á los hebreos y á los cristianos.

Restituido así el imperio á la unidad de creencia, tenía necesidad de una administracion vigorosa y uniforme. Habian atribuido los Arsácidas hereditariamente á sus hijos y hermanos, las provincias y los empleos más importantes del reino. Llevaban el título de rey los diez y ocho sátrapas principales (*vitassi*). Casi independientes quedaban los bárbaros en sus montañas, así como la mayor parte de las ciudades griegas del Asia Superior, de modo que el imperio de los partos era más bien un sistema feudal que una monarquía.

A fin de abolir este sistema recorrió Artaxar las provincias al frente de un ejército poderoso, obligando á todos á rendirle homenaje, consolidando su autoridad donde quiera, de manera que desde entonces ya nadie se interpuso entre su persona y el pueblo. Así se vió único soberano de cuantos moraban entre el Eufrates, el Tigris, el Araxo, el Oxo, el Indo, el Mar Caspio y el Golfo Pérsico. También promulgó un código que duró tanto como la monarquía, á fin de asegurar al país una administracion ilustrada y uniforme. *La autoridad de un príncipe*, decia aquel hábil conquistador, *debe ser protegida por*

la fuerza militar; ésta no se sostiene sino con los impuestos; los impuestos pesan en último resultado sobre la agricultura, y ésta no puede prosperar sino donde la protegen la moderacion y la justicia.

Haciendo la guerra habian perdido los persas el fogoso ímpetu de un pueblo bárbaro, sin haberse perfeccionado en la estrategia de los griegos y de los romanos, y sin haber aprendido á atacar ni á defender las plazas fuertes. Se reducía la infantería á un tropel reunido un momento con la esperanza del botín, y supliendo con el número al valor y á la disciplina. Mujeres, eunucos, caballos, camellos, embarazaban las marchas y consumian víveres y forrajes. Pero la caballería era, como es actualmente, la más bella y mejor ejercitada del Oriente; componíase de la nobleza, que desde la niñez se habituaba á disparar el arco, á la templanza, á la sumision, y recibía del rey los señoríos á cargo del servicio militar; así acudían todos desde el momento en que se les llamaba, y era terrible su primer acometida.

Con esta organizacion militar se mostró Artaxar amenazador para sus vecinos. No sólo quiso repelerlos de las comarcas que le estaban sometidas y formarse una frontera á su antojo, sino que también se propuso conquistar todo lo que habia poseído Ciro, de quien pretendia ser sucesor. Sin miramientos á Alejandro Severo, cruzó el Eufrates y sujetó á muchas provincias. Entonces envió al emperador, que se adelantaba con sus tropas, cuatrocientos hombres de los más rebustos, quienes le hablaron de este modo: *El rey de reyes manda á los romanos y á su caudillo evacuar la Siria y el Asia Menor, y restituir á los persas el país aquende el Mar Egeo y el Ponto, poseídos por sus mayores.*

Por benigno que fuera Alejandro, se irritó de tanta arrogancia, y habiendo mandado despojar á aquellos enviados de sus galas todas las cosas que les pertenecían, los confinó á la Frigia; entrando en seguida en la Mesopotamia, la recuperó sin descargar un solo golpe. Sobrevino Artaxar con ciento veinte mil caballos, diez mil hombres de infantería pesada, mil ochocientos carros de guerra y setecientos elefantes; no por eso dejó de ser derrotado. Alejandro dividió su ejército en tres cuerpos, que invadieron la Partiena por diferentes puntos; este ataque bien combinado hu-

biera podido derrocar el poderío de los persas, si el ejército no se hubiera negado á avanzar, asesinando á sus oficiales. De vuelta en Roma, Alejandro (23 de Setiembre de 234) hizo al Senado un brillante relato de sus proezas, y triunfo sobre un carro tirado por cuatro elefantes; fué honrado con los sobrenombres de Pártico y de Pérsico; pero quedó la victoria por Artaxar, quien tornó á apoderarse de todas las conquistas de los romanos, y consolidó en quince años de reinado su poder naciente, hasta el punto de hacerse amenazador para la existencia del imperio de Roma.

Preparábase Alejandro á emprender de nuevo las hostilidades, cuando desistió de su propósito á consecuencia de haber pasado los germanos el Rhin y el Danubio. Acudiendo, pues, al Rhin, los repelió más allá de este río; mas fué detenido, no tanto por la timidez que le atribuye Herodiano, como por el desorden de sus tropas, que negándose á la fatiga y enemigas de toda disciplina, se irritaban de la rigidez con que castigaba las más leves faltas; además se indignaban de oír á los heraldos repetir de continuo durante las marchas su máxima favorita: *Proceded como queráis que procedan con vosotros.*

El godo Maximino, que mandaba un cuerpo de ponnonios, no se iba á la mano en anécdotas y chistes referentes á aquel emperador sirio, quien no obraba, segun su dicho, sino con arreglo al capricho del Senado y de su madre; se hizo parciales, y acometió á Alejandro en su campamento cerca de Maguncia, donde le asesinó juntamente con Mammea; aún no tenía más que veintiseis años y medio. Mataron los soldados á sus asesinos, á escepcion de su jefe. Pueblo y senadores lloraron al jóven emperador tanto como merecía, y el día de su nacimiento fué celebrado con una fiesta anual.

CAPITULO XIV

Desde Máximo á Claudio II.

Cuando á la vuelta de Oriente solemnizó el emperador Severo en la Tracia el nacimiento de su hijo Geta con juegos militares, se le presentó un mozo robusto implorando en bárbaro idioma tomar parte en la lucha. Su apostura anunciaba una enorme fuerza; á fin de que el

bárbaro no triunfara de un soldado romano, se le opusieron los esclavos mas robustos del campamento; pero derribó á tierra diez y seis, uno tras otro. Obtuvo por recompensa algunos insignificantes regalos; y habiendo sido alistado, divirtió al dia siguiente á los soldados haciendo piruetas á estilo de su país. Como se apercibiera de haber llamado la atencion de Severo, se puso á seguir á su caballo durante una larga carrera, sin dar señales de la más leve fatiga. Una vez llegado el emperador quiso experimentar su fuerza, y le propuso una lucha; aceptó el bárbaro y venció á siete soldados vigorosos. Severo le obsequió con un collar de oro, y mandó que le inscribieran entre sus guardias con doble sueldo, porque lo que se daba comunmente no bastaba para su subsistencia.

Este coloso se llamaba Maximino; habia nacido en Tracia de un padre godo y de una madre alana. Tenía ocho pies de estatura, y con su nervudo brazo arrastraba en pos de sí un carro, que no bastaba á poner en movimiento un par de bueyes; arrancaba los árboles de cuajo, rompía de un puntapie la pata de un caballo, comía cuarenta libras de carne, y bebía en un solo dia veinticuatro pintas de vino por lo ménos; entre sus dedos reducía á polvo los pedernales.

Con el trato de los hombres reconoció este gigante la necesidad de reírenar su feroz índole, y supo mantenerse en favor bajo diferentes emperadores. Alejandro le nombro tribuno de la legion cuarta; luego, como hacia que se observara bien la disciplina, le dió un mando superior, ingresó en el Senado, y áun se proponia entregar en matrimonio á un hijo del bárbaro su propia hermana; llamábase Julio Vero, dotado de no menos soberbia que gallardía, de tanto vigor como denuedo.

En vez de encadenar á Maximino tantas mercedes, le inspiraron el pensamiento de atreverse á todo, en ocasion en que todo lo podia la fuerza. En su consecuencia urdió la muerte de Alejandro (Marzo de 238) y proclamado emperador al punto, se asoció su hijo, á quien los soldados besaron no sólo las manos, sino tambien los pies y las rodillas. Confirmó el Senado lo que no podia deshacer y al punto comenzaron las venganzas y las crueldades. A semejan-

za de los que salidos de las últimas filas alcanzan una alta fortuna, temia Maximino el menosprecio y las comparaciones. A sus ojos eran dos crímenes un nacimiento ilustre ó un mérito reconocido; tambien era delito haberse reido de su persona y haberle socorrido en su pobreza.

Acusado Magno, personaje consular, de querer romper el puente que habia echado sobre el Rhin, á fin de dejarle á la otra orilla en poder de los bárbaros, fué degollado, sin formacion de proceso, con cuatro mil presuntos cómplices, gentes todas que por su nacimiento ó su categoría descollaban sobre el vulgo. A la mas leve sospecha, gobernadores, generales, individuos consulares, eran encadenados metidos en carros y llevados á presencia del emperador, quien no contento con la confiscacion y la muerte, hacia que fueran abandonados á las fieras, ó cosidos á pieles de animales recién muertos, ó apaleados mientras les quedaba un soplo de vida.

No ménos avariento que bárbaro confiscó (237) todas las rentas que cada ciudad tenía de reserva para las distribuciones y las públicas fiestas; despojó los templos, acuño moneda con las estatuas de los héroes y de los dioses; fué la indignacion general, y áun hubo levantamientos en ciertos puntos. Así, habiendo sido despojados en Africa de todos sus bienes algunos jóvenes ricos por un procurador avariento, armaron á los esclavos y á los paisanos, y proclamaron emperador á Gordiano, procónsul de la provincia.

Este senador, bienhechor y opulento, que descendia de los Gracos y de Trajano, ocupaba en Roma el palacio de Pompeyo, ornado de trofeos y de pinturas; en el camino de Prenesta poseia una casa de recreo de vasta extension con tres salones de cien piés de longitud cada uno de ellos, y un pórtico, sostenidos por cien columnas de los cuatro mármoles más estimados. En los juegos que daba al pueblo nunca permitía que se presentaran ménos de ciento cincuenta parejas de gladiadores; á veces llegó su número á quinientas. En un mismo dia hizo que se mataran cien caballos sicilianos y otros tantos de la Capadocia, mil osos, é infinito número de animales de menor valor. Mientras fué edil reprodujo todos los meses juegos de esta clase, y

cuando fué cónsul los hizo extensivos á las principales ciudades de Italia.

Toda su ambicion se reducía á esto; por lo demas, apacible hasta el punto de no excitar la envidia de los tiranos, cultivaba las letras y celebró en veinte libros las virtudes de los Antoninos. Casi era octogenario cuando fué llamado al imperio. Despues de haber empleado sin fruto lágrimas y ruegos, vió que no podia libertarse, ora de los soldados que le asediaban, ora de Maximino, que al ascender á emperador aceptó y estableció su residencia en Cartago. Su hijo, que tenía veinte y dos concubinas y habia reunido setenta mil volúmenes de autores diversos, fué proclamado emperador en su compañía, y se sirvió de los libros para escribir por sí mismo; algunas de sus obras han llegado hasta nosotros.

Al avisar de su eleccion al Senado, protestaban los nuevos emperadores que se hallaban prontos á deponer la púrpura si tal era su voluntad; ordenaron que no se publicaran sus decretos ínterin no tuvieran el asentimiento del Senado; llamaron á los desterrados, hicieron generosas promesas á los soldados y al pueblo, é invitaron á sus amigos á libertarse del Tirano (27 de Mayo.) Triunfó la resolucion del cónsul de la incertidumbre del Senado, quien declaró enemigos públicos á los Maximinos y á sus parciales, prometiendo galardonar al que les diera muerte. Entonces se propagó la rebelion en toda la Italia, donde se manchó con demasiada sangre. Despues de haber permitido que le envileciera un grosero tracio, cobró el Senado dignidad y energía; hizo preparativos de defensa y de guerra, invitando por medio de diputados á los gobernadores á acudir en socorro de la patria. Donde quiera hallaban benévola acogida los mensajeros; pero habiendo juntado todas sus fuerzas Capeliano, gobernador de la Mauritania y enemigo particular de Gordiano, atacó á los nuevos emperadores en Cartago; pereció el hijo en la pelea, y á la noticia de su muerte se ahorcó el padre despues de haber reinado treinta y seis dias escasos. Cartago fué tomada y hartaron torrentes de sangre la venganza de Maximino.

A las primeras noticias de la rebelion habia montado en cólera el salvaje emperador como una fiera, arrastrándose por los suelos,

y golpeándose la cabeza contra los paredes; arrojándose en seguida sobre los que estaban en su deredor, los atravesó con la espada, hasta que se la arrancaron á viva fuerza. Sin dilacion se puso en camino para Italia. Anunció un perdon absoluto; pero ¿quién podia fiar en su promesa? La desesperacion inspiró al Senado un denuedo que rechazaba el buen sentido. Habiéndose reunido en el templo de la Concordia nombró emperadores á dos senadores ancianos, Máximo Pupieno y Balbino, uno para administrar la ciudad y otro para dirigir la guerra. Era este hijo de un carpintero, sobrado inculto, si bien valeroso y sensato; de grado en grado habia ascendido á los primeros puestos y á la prefectura de Roma. Sus victorias contra los sármatas, los austeros hábitos de su vida, que no excluian por cierto á la humanidad, le habian valido el respecto del pueblo; Balbino, orador y poeta de fama, gobernador íntegro de varias provincias, era generalmente amado, era tambien sumamente rico, liberal y amigo de placeres sin exceso.

Pero mientras ambos ofrecian en el Capitolio los primeros sacrificios, se amotina el pueblo y pretende hacer una eleccion por sí solo; pide que se les agregue un sobrino de Gordiano, mancebo de trece años; admiten al César y aplacado el tumulto piensan en consolidarse.

Maximino á la cabeza del ejército, con que habia vencido muchas veces á los germanos y proyectaba extender los límites del imperio hasta el Mar del Norte, se adelantaba furioso hácia Italia que no habia visto despues de su advenimiento. Al bajar los Alpes Julianos halló el país desierto, consumidas las provisiones, cortados los puentes, siendo la intencion del Senado agotar sus fuerzas bajo los muros de las plazas que habia puesto en estado de defensa lo mejor que pudo. Primeramente le detuvo Aquilea y rechazó sus asaltos con heroica bravura, en la confianza de que el dios Beleno peleaba dentro de sus murallas. Si Maximino hubiera dejado detrás de sí esta ciudad y marchado en derecha á Roma ¿qué fuerzas hubiera podido oponerle Máximo llegando hácia Rávena para hacerle frente? ¿De qué hubiera servido la habilidad política de Balbino contra las sediciones interiores? Pero las tropas de Maximino empezaron á murmurar viendo al

país devastado y una resistencia impensada, les castigó con rigor estremado. Por último los pretorianos que temblaban por la vida de sus mujeres é hijos, abandonados en el campamento de Alba asesinaron al tirano con su hijo y sus más fervorosos parciales (7 de Marzo.)

Al aspecto de sus cabezas separadas del tronco se abrieron las puertas de Aquilea; abrázense sitiados y sitiadores, arrebatados de júbilo por haber recuperado la libertad. En Rávena, en Roma, en todas partes se encuentra la ventura, la embriaguez, las acciones de gracias, en proporción del terror inspirado por los que ya no existen, á las esperanzas á que dan nacimiento los nuevos soberanos. Suprimieron ó moderaron los impuestos introducidos por Maximino, restablecieron la disciplina, publicaron leyes oportunas con el asentimiento del Senado, y procuraron cicatrizar llagas que manaban sangre. Preguntando Máximo á Balbino: *¿Qué recompensa debemos aguardar por haber librado á Roma de semejante monstruo?* Le respondió Balbino de este modo: *El amor del Senado, del pueblo y de todos.* Pero más avisado el otro, repuso: *Más bien será el odio de los soldados y su venganza.*

Había adivinado con toda exactitud lo que aconteció al poco tiempo. Aún duraba la guerra, cuando el pueblo y los pretorianos se habían sublevado, inundando las calles de sangre, prendiendo fuego á los almacenes y á las tiendas. Quedó aplacado el tumulto, no extinguido; de tal modo que para salir á la calle se proveían de un puñal los senadores, y que acechaban los pretorianos una ocasión para vengarse. Todos se reían igualmente de los débiles diques que oponían los emperadores al torrente de las pasiones. Aumentóse aún más la fermentación de los ánimos cuando la totalidad de los pretorianos se reunió en Roma. Estremeciáanse, y no sin motivo, al recapacitar como todos los emperadores elegidos por ellos habían sido asesinados, y no podían tolerar que gobernasen el imperio hechuras del Senado, con la pretensión de poner en rigor las leyes y la disciplina. De los pensamientos y de las palabras llegan muy pronto á vías de hechos; asaltan el palacio; asesinan á los dos emperadores, y llevan al campamento al jóven Gordiano.

Con efecto, este niño parecía haber nacido

para reconciliar los corazones más rebeldes; hermoso y lleno de dulzura, era vástago de aquellos dos emperadores antes de haber podido malestarse. Querido por el Senado, que le llamaba su hijo, veían en él los soldados su propia hechura, y la muchedumbre le amaba más que á ninguno de sus predecesores. Misiteo, su maestro de retórica, después su suegro y capitán de sus guardias, alejó á los intrigantes que habían usurpado la confianza del soberano, obtívola en su puesto, y supo hacerse digno de ella por su probidad y su mérito, así en paz como en guerra.

Habían roto los persas las hostilidades (241) bajo el mando de Sapor, sucesor de Artaxar, conquistando la Mesopotamia, apoderándose de Nísibe y Carrhas y asolando la Siria (242). Habiéndose adelantado contra ellos Gordiano derrotó en la Mesia á los godos y á los sármatas que le interceptaban el paso, y aunque hicieron sufrir un revés los alanos en los célebres campos de Filipos, prosiguió su marcha; repeliendo después á los persas mereció los honores del triunfo que le fueron discernidos, como también á Miseteo.

Pero éste último murió al poco tiempo, y el mando de los pretorianos le fué confiado á Julio Filippo (243), que, no contento con aquel puesto elevado, sembró entre los soldados tales manejos, que obligó á Gordiano á reconocerle por colega suyo (10 de Marzo de 244); en seguida depuso á su bienhechor, y acabó por asesinarle á orillas del Eufrates.

Filippo era árabe, hijo del jefe de una banda, y se ha dicho que fué cristiano, contra lo cual deponen sus obras. Hizo un convenio con Sapor y regresó á Antioquía, donde queriendo asistir á las solemnidades de Pascua, le declaró indigno de ello el obispo Babylas. Llegado á Roma se ganó el afecto del pueblo por su dulzura, domó á los bárbaros, y celebró el milésimo aniversario de la fundación de Roma, (217) con juegos en que lucharon dos mil gladiadores, treinta y dos elefantes, diez osos, sesenta leones, un caballo marino, un rinocerente, diez leones blancos, sin contar los animales de menor tamaño. No podían menos de ser sangrientas las fiestas de la gran ciudad.

Entretanto surgían de todas partes los emperadores; entre todos fué el más venturoso

Decio, de origen pannonio, y gobernador de la Mesia y de la Pannonia. Filippo marchaba en contra suya cuando fué asesinado en Verona (Octubre 249), después de un reinado de cinco años.

Había dejado que se propagara la religión cristiana, contra la cual siguió opuesta conducta Decio, promulgando los más severos edictos. Todo el que la profesaba fué despojado de su hacienda y arrastrado al suplicio; entonces se renovaron los horrores de las proscripciones; hermanos vendieron á hermanos, hijos á padres, y los que podían libertarse de tanto furor se refugiaban á las selvas y á los lugares desiertos.

Décio se sentía impulsado á proceder de este modo por amor á las antiguas instituciones, que aspiraba á resucitar por todos los medios; atribuyendo á la corrupción las vicisitudes del imperio, había pensado en restablecer la censura, institución añeja y ya imposible; porque en ese caso hubiera sido preciso extender la inspección á todo el mundo civilizado, y apelar de la depravación del ejército ante un juez inerte. Como el emperador quiso que el Senado eligiera un censor á pesar de todo, fué proclamado por unanimidad Valeriano, y al conferirle aquella dignidad le habló el emperador en esta forma:— Dichoso por la aprobación universal, recibes la censura del género humano; sé juez de nuestras costumbres. Escogerás á los que consideres dignos de tomar asiento en el Senado; restituirás á la órden ecuestre su antiguo brillo, aumentarás las rentas públicas y aliviarás las cargas. Dividirás por clases á la infinita muchedumbre de ciudadanos, será de tu incumbencia cuanto concierne á las fuerzas, á las riquezas, á las virtudes y al poderío de Roma. La corte, el ejército, los jueces, los dignatarios del imperio son justiciables por tu tribunal, á excepcion sólo de los cónsules en ejercicio, del prefecto de la ciudad, del rey de los sacrificios, y de la primera de las vestales, mientras conserve su virginidad.»

La ejecución de este proyecto, impracticable de todo punto, fué además interrumpida por los godos que invadieron la baja Mesia, y después la Tracia y la Macedonia (250). Victorioso unas veces el emperador por la fuerza, servido por la traición otras, los redujo á tal

apuro, que ofrecieron devolver los prisioneros y el botín, bajo la única condición de permitirles la retirada; pero Décio, que anhelaba exterminarlos completamente, les cerró el paso por su desdicha, pues empeñándose una lid desesperada, murió en ella su hijo. Al verle caer exánime, exclamó Décio: *Sólo hemos perdido un hombre, tan leve pérdida no debe inducirnos al desaliento;* y arrojándose á lo más recio de la pelea, encontró allí la muerte.

Los restos del ejército disperso se incorporaron á las tropas de Treboniano Galo, enviado para cortar la retirada á los godos. Este, que tal vez era causa de la derrota sufrida, aparentó intenciones de vengarla, y se concilió así el ejército que le proclamó señor del imperio. Mas apenas fué confirmada su elección por el Senado, celebró con los godos una paz vergonzosa, llegando hasta prometer un tributo. Se reservaba acreditar su valor persiguiendo á los cristianos.

Durante su reinado de año y medio desolaron muchas comarcas la peste y la sequía (252); los godos, los carpos, los burgundos, hicieron una irrupción en la Mesia y en la Pannonia; los escitas devastaron el Asia; los persas ocuparon la Siria hasta Antioquía. Entonces el moro Emiliano, que mandaba en la Mesia, ensoberbecido como vencedor de los bárbaros y desdeñando á Galo, que se encenagaba dentro de Roma en los placeres, hizo que le aclamaran emperador; y antes que el otro despierte de su letargo, penetra en Italia, le halla en Terni, y le ve asesinado con su hijo por sus propios soldados (Mayo 253).

Por otra parte, Valeriano, que tenía á sus órdenes el ejército de las Galias y de Germania, se hace saludar Augusto; Emiliano muere á mano de sus soldados, quienes en unión del Senado se declaran en favor de su antagonista. Una ilustre cuna, unida á la modestia y á la prudencia, inspiraba amor hácia Valeriano, que habiéndose preservado de los vicios de aquel tiempo, empleaba sus ócios en el cultivo de las letras. Adicto á los antiguos usos, detestaba la tiranía; aparecía, pues, bajo todos conceptos digno del imperio; mas luego que le hubo obtenido, dió muestras de ser débil para tan enorme carga. Para ayudarle á llevarla no supo escoger otro brazo más robusto que el de Galieno,